

MÁS ALLÁ DE LA HISTORIA DEL PROGRESO

Josep Fontana i Lázaro
Universitat Pompeu Fabra

Mi generación se educó en la convicción de que la historia de la humanidad era el relato de un proceso ininterrumpido de progreso, un hecho que tenía una de sus manifestaciones más evidentes en el crecimiento económico, a lo que se añadía la convicción de que, paralelamente, la sociedad avanzaba hacia un mundo más libre y más igualitario. La conjunción de estas dos esperanzas animaba nuestras aspiraciones a un futuro de mejora colectiva.

La idea de que este progreso era una realidad imparabile la defendía Keynes en 1930, en plena crisis mundial, en un escrito, "Las posibilidades económicas de nuestros nietos", donde exponía una visión optimista del futuro:

"Pienso con ilusión en los días no muy lejanos del mayor cambio que nunca se haya producido en el entorno material de los seres humanos en su conjunto". Lo que se concretaba en la predicción de que "el nivel de vida en las naciones progresivas, dentro de un siglo, será entre cuatro y ocho veces más alto que el de hoy", y en la visión de un mundo en el que bastaría trabajar tres horas al día, en semanas de quince horas. A lo que se añadía una dimensión igualitaria: "cuando la acumulación de riqueza ya no sea de gran importancia social, habrá grandes cambios en los códigos morales"¹.

Había algunos puntos oscuros en esta predicción, de los cuales no me ocuparé, como el hecho de que no preveía que hubieran de modificarse las reglas de la explotación colonial de la que en parte dependía la prosperidad de las que él llamaba "las naciones progresivas".

El caso es que los años que siguieron a esta previsión de Keynes fueron años de contracción económica y de paro, que parecían desmentir sus esperanzas. Pero el crecimiento recomenzó después de la Segunda Guerra Mundial, en aquellos treinta años felices que van de 1945 a 1975.

Hacia 1968 aparecieron argumentos contrarios al optimismo en cuanto se refería a la continuidad de crecimiento. Los primeros se centraron en el miedo maltusiano al aumento excesivo de la población. Así opinaba Paul Ehrlich, en su libro *The population*

¹ John Maynard Keynes, *Ensayos de persuasión*, Barcelona, Crítica, 1988, pp. 323-333.

bomb, publicado en 1968, donde anunciaba que el mundo podía morir de hambre, si no se tomaban rápidas medidas para controlar el crecimiento de la población. Como también Garrett Hardin, que en un artículo que se hizo famoso, "The tragedy of the commons", aparecido en *Science* en el mismo año 1968, sostenía que la única manera de evitar "la miseria de la superpoblación" era "renunciar a procrear, y hacerlo de inmediato"(por cierto, Hardin y su esposa se suicidaron unos años más tarde)².

El más influyente de estos avisos fue, sin duda, *Los límites del crecimiento*, el informe al Club de Roma, publicado en 1972, donde se afirmaba que "si se mantienen las tendencias actuales de crecimiento de la población mundial, la industrialización, la contaminación ambiental, la producción de alimentos y el agotamiento de los recursos, este planeta llegará a los límites de su crecimiento en el curso de los próximos cien años"³.

El caso es que este tipo de pesimismo ha reaparecido después de la crisis que se inició en 2007-2008, con nuevos discursos sobre el fin del crecimiento. La rápida expansión de la producción que se desarrolló en el mundo desde la revolución industrial, nos dicen ahora, habría sido un fenómeno único e irrepetible: "el rápido progreso alcanzado en los últimos doscientos cincuenta años -escribía Robert Gordon en 2012- puede haber sido un episodio único en la historia humana"⁴.

Por su parte, Larry H. Summers, que fue secretario del Tesoro con Clinton de 1999 a 2001, exponía en 2013 su tesis sobre un estancamiento secular, que Paul Krugman recogió en un artículo en el *New York Times* donde decía "tenemos una economía cuya condición normal es una suave recesión, en que los breves episodios de prosperidad se producen tan sólo gracias a las burbujas y a un endeudamiento insostenible", lo cual le llevaba a estas inquietantes preguntas: "¿Y si el mundo en que vivimos desde hace cinco años fuera la nueva normalidad? ¿Y si estas condiciones de casi depresión van camino de mantenerse, no uno o dos años más, sino por décadas?"⁵.

² Paul R. Ehrlich i Anne H. Erlich, *La explosión demográfica: el principal problema ecológico*, Barcelona, Salvat, 1993; Garrett Hardin, "The tragedy of the commons", en *Science*, new series, vol. 162, nº 3859 (13 de diciembre de 1968), pp. 1243-1248.

³ Donella H. Meadows et al., *Los límites del crecimiento: Informe al Club de Roma sobre el predicamento de la Humanidad*, México, Fondo de Cultura Económica, 1972, p. 40.

⁴ Robert J. Gordon, "Is U.S. economic growth over? Faltering innovations confronts the six headwinds", National Bureau of Economic Research, Working Paper 18315, agosto de 2012.

⁵ El mejor análisis de los planteamientos de Summers puede verse en el volumen colectivo de Coen Teulings y Richard Baldwin, eds., *Secular Stagnation: Facts, Causes and Cures*, Londres, CEPR (VoxEU.org eBook), 2014. El artículo de Paul Krugman, "A permanent slump?", en *New York Times*, 17 de noviembre de 2013.

Lo que me interesa hoy, sin embargo, es el otro componente de la historia del progreso: el que se refiere a la mejora colectiva, al avance de la igualdad. En 1954 Simon Kuznets se planteaba esta pregunta: "¿La desigualdad en la distribución de los ingresos aumenta o disminuye en el curso del crecimiento económico de un país?"⁶ .

La respuesta, expresada en lo que se llama la "curva de Kuznets", era que la desigualdad aumentaba en una primera fase del crecimiento, pero que comenzaba a menguar a partir de un cierto punto. Los razonamientos de Kuznets eran más complejos; pero la conclusión general se podría sintetizar en la afirmación de que el aumento de la desigualdad era una especie de accidente del proceso de crecimiento, que se invertía en un punto, a partir del cual se iniciaba un reparto más equitativo de los ingresos .

A esto se vendría sumar el hecho de que la investigación histórica modificase la vieja visión tradicional de un progreso económico que habría venido acompañado de una mejora paralela de los niveles de vida de la población. Trabajos como los de Jan De Vries y de Jan L. Van Zanden mostraron que el crecimiento económico en Europa desde el siglo XVI hasta finales del siglo XVIII se produjo en un contexto en que los salarios reales bajaban y se exigía a las familias una intensificación del trabajo destinado al mercado. Y, en efecto, las observaciones antropométricas que relacionan la evolución de la estatura con los niveles de vida muestran entre 1500 y 1800 evoluciones negativas, tanto para Inglaterra como para Holanda o para los Estados Unidos. La conclusión de Van Zanden es que hubo "una relación inversa entre desarrollo y nivel de vida", que obliga a pensar que amplios sectores de la población de Europa no sacaron mucho provecho del progreso económico que se estaba produciendo⁷.

Esta situación no terminó en 1800, sino que prosiguió durante el desarrollo de la industrialización, por lo menos hasta mediados del siglo XIX. En torno a los años cuarenta del siglo XIX fue precisamente cuando al problema de los bajos salarios reales de los trabajadores industriales se le añadieron los efectos de las transformaciones agrarias, que se habían hecho a costa de la propiedad colectiva de prados y bosques. Estos fueron en Inglaterra los "cuarenta famélicos" que Engels pudo ver en Manchester;

⁶ Simon Kuznets, "Economic growth and economic inequality", en *American Economic Review*, XLV (1955), nº 1, pp. 1-28.

⁷ J. De Vries, *La revolución industrial. Consumo y economía doméstica desde 1650 hasta el presente*, Barcelona, Crítica, 2009; Jan L. Van Zanden, *The long road to the Industrial revolution: the European economy in a global perspective. 1000-1800*, Leiden, Brill, 2009, "Wages and the standard of living in Europe, 1500-1800", en *European Review of Economic History*, 3 (1999), nº 2, pp.175-197; Robert C. Allen, et al., eds, *Living Standards in the Past. New Perspectives on Well-being in Asia and Europe*, Oxford, Oxford University Press, 2005; Roderick Floud et al., *The Changing Body. Health, Nutrition, and Human Development in the Western World since 1700*, Cambridge, Cambridge University Press, 2011.

fueron en Alemania los años de la miseria de los tejedores de Silesia y de los robos de leña en los bosques de los que se ocupó Marx en sus artículos en la *Gaceta Renana*; fueron en Italia los de la generalización del "*furto campestre*"; en Irlanda los de la crisis de la patata..., años de hambre, enfermedad y ruina en toda Europa.

En 1848, cuando Karl Marx y Friedrich Engels publicaron su primera llamada a un cambio global de la sociedad europea, reaccionaban contra esta situación: contra la frustración de las esperanzas que se habían depositado en el desarrollo paralelo de la lucha por las libertades políticas que había iniciado la Revolución francesa y de la nueva capacidad de crear riqueza que surgía con la industrialización. Ni las libertades habían avanzado como se esperaba, ni los beneficios de la industrialización habían llegado a los trabajadores.

En 1995 Van Zanden propuso incluir esta revisión de la historia de la economía europea en el esquema de la curva de Kuznets. De acuerdo con esta perspectiva tendríamos en la edad moderna la asociación entre crecimiento y desigualdad que continuaría hasta que desde el último tercio del siglo XIX, entre 1870 y 1900, se habría iniciado una nueva etapa en que "el crecimiento económico fue habitualmente acompañado de una disminución de la desigualdad. En consecuencia -añadía- se puede argumentar que hubo una súper-curva de Kuznets que duró siglos, y que estuvo caracterizada por una desigualdad en aumento, hasta que en algún momento del último tercio del siglo XIX se produjo un cambio de tendencia y se inició la disminución de la desigualdad que caracterizaría el siglo XX"⁸.

Acemoglu y Robinson, por su parte, revisarían más adelante la hipótesis de la curva de Kuznets, matizándola de este modo: "Cuando el desarrollo conduce a un aumento de la desigualdad puede inducir a una inestabilidad política y forzar a las élites políticas a una democratización (...) que conduce a cambios institucionales que alientan la redistribución y reducen la desigualdad". Pero esta no es una evolución obligada y las respuestas políticas pueden ser diferentes. La disminución de la desigualdad se produciría tan sólo en aquellas sociedades en que se podían desarrollar "reformas políticas (...) inducidas por el aumento de las tensiones sociales y la inestabilidad política" en respuesta a la desigualdad existente⁹.

⁸ J. L. Van Zanden, "Tracing the beginning of the Kuznets curve: western Europe during the early modern period", en *Economic History Review*, 38 (1995), nº 4, pp. 643-664.

⁹ Daron Acemoglu i James A. Robinson, "The political economy of the Kuznets curve", en *Review of Development Economics*, 6 (2002), nº 2, pp. 183-203.

La conclusión sería, por tanto, que crecimiento e igualdad eran dos fenómenos independientes, que sólo se coordinaban cuando la tensión social y la inestabilidad política forzaban a las élites económicas a hacer concesiones en el terreno del reparto de los ingresos. Unas concesiones que se realizaban normalmente a través del aumento de los impuestos, que permitía financiar los servicios sociales que recibía el conjunto de la población, y del apoyo del estado a la actuación de los sindicatos para negociar salarios y condiciones de trabajo. Era una buena explicación de lo sucedido en la posguerra, después de 1945, cuando se consolidó el estado del bienestar, y resultaba ser una legitimación política de la socialdemocracia, que había sido artífice de este proceso.

El problema es que la curva dejó de funcionar hacia 1975, y que el proceso de mejora de la igualdad no ha proseguido desde entonces. Paul Krugman analizó este fenómeno, al que dio el nombre de "la gran divergencia". Desde 1970, sostenía, "las normas e instituciones de la sociedad norteamericana han cambiado, por lo que o bien han favorecido o bien han hecho posible un incremento radical de la desigualdad". Tomando como pretexto la necesidad de superar los efectos de la crisis del petróleo, se emprendió la lucha contra los sindicatos, completada por una serie de acuerdos de libertad de comercio que permitieron a las empresas deslocalizar la producción a otros países e importar después sus productos, con el fin de debilitar la capacidad de los obreros del propio país de luchar por mejoras de las condiciones de trabajo y de los salarios.

Este proceso provocó, a su vez, un cambio en la estructura del poder económico, con un neto retroceso del papel que desempeñaban los municipios y los sindicatos, y un avance del de los organismos de dirección de las empresas y de las finanzas¹⁰.

A comienzos del siglo XXI, con la aceleración de los cambios políticos y sociales que provocó la crisis de 2007-2008, se ha acentuado la necesidad de buscar argumentos que expliquen mejor las razones de que, una vez superada la crisis, no se recupere la vieja dinámica del progreso económico y social.

Uno de los más influyentes ha sido el de Thomas Piketty con su libro *El capital en el siglo XXI* que niega que haya habido una dinámica de aumento de la igualdad. La desigualdad es para Piketty un rasgo permanente de la historia humana. "En todas las sociedades y en todas las épocas -dice- la mitad de la población más pobre en patrimonio no posee casi nada (generalmente en torno a un 5% del patrimonio total), la décima parte superior de la jerarquía de los patrimonios posee una clara mayoría del

¹⁰ Paul Krugman, *Después de Bush*, Barcelona, Crítica, 2008, pp. 141-170.

total (generalmente más de un 60% del patrimonio total, y en ocasiones hasta un 90%), y la población comprendida entre estos dos grupos (...) tiene una parte entre el 5% y el 35% del patrimonio total".

Su análisis le conduce a una interpretación de la historia formulada rotundamente: "Durante una parte esencial de la historia de la humanidad el hecho más importante es que la tasa de rendimiento del capital siempre ha sido por lo menos de diez a veinte veces superior a la tasa de crecimiento de la producción y del ingreso. En eso se basaba, en gran medida, el fundamento mismo de la sociedad: era lo que permitía a una clase de poseedores consagrarse a algo más que a su propia subsistencia"¹¹.

Habríamos llegado, pues, a comienzos del siglo XXI a un desmentido completo de la vieja historia del progreso. En materia de crecimiento económico estaríamos en una etapa de estancamiento secular. Y en cuanto a las ganancias en el terreno de la igualdad, Piketty nos quiere convencer de que han sido el fruto de una ilusión.

En su interpretación vemos cómo los niveles de desigualdad que existían a fines del siglo XIX y comienzos del XX han reaparecido en el siglo XXI y se prevé que duren todavía muchos años. La desigualdad es la normalidad y la mejora que reivindicaba la curva de Kuznets sería un error. Cuando analiza los años felices entre 1945 y 1975 en los que parecía que las cosas estaban cambiando, lo interpreta como el resultado del "caos del periodo entre las dos guerras" y de "las fuertes tensiones sociales que lo caracterizaron".

Lo que ocurre es que no es verdad que nos encontremos en una etapa de estabilidad de la desigualdad, sino que uno de los aspectos más graves de la evolución actual es que la desigualdad está experimentando un aumento incontrolable, que ha llevado a previsiones tan angustiosas como la del informe de Oxfam de 2015 que sostiene que "Si esta tendencia al aumento de la riqueza de los más ricos continúa, el uno por ciento de los más ricos tendrá más riqueza que el 99 por ciento restante en tan sólo dos años"¹².

Pienso que la interpretación de lo ocurrido en el transcurso del siglo XX, que nos ha llevado a la situación actual no se puede hacer desde el terreno en que se mueven los análisis de los que he hablado hasta ahora, sino que exige introducir una dimensión política, que falta por completo en el libro de Piketty, donde no sólo es que la historia

¹¹ Thomas Piketty, *Le capital au XXIe siècle*, París, Seuil, 2013, pp. 536-537 i 561.

¹² Oxfam International, *Wealth: Having it all and wanting more*, enero de 2015.

del siglo se explique sin ni siquiera mencionar la revolución soviética de 1917, sino que la palabra "sindicatos" aparece una sola vez, en la página 491. ¿Se puede interpretar la evolución a largo plazo de los salarios y de las condiciones de trabajo prescindiendo de la actuación de los sindicatos? Pienso que no.

Introducir la política en el análisis nos llevará a examinar con más profundidad qué ha ocurrido desde el inicio de la "gran divergencia", a partir de los años de la presidencia de Ronald Reagan, cuando comenzó el recorte de los impuestos a los más ricos (que no produjo el aumento de las inversiones que se anunciaba), cuando se inició la guerra contra los sindicatos y se estancaron los salarios, a la vez que se favorecía la desregulación financiera, que dio lugar a la crisis de las cajas de ahorro estadounidenses, en un primer anuncio de lo que se repetiría en 2007-2008 con la gran banca¹³.

La política estuvo secuestrada desde entonces en manos de los intereses empresariales. Un trabajo de Martin Gilens, profesor de la Universidad de Princeton, y de Benjamin Page, de Northwestern University, que se titula "Probando las teorías sobre la política estadounidense: élites, grupos de interés y ciudadanos medios", aplica un método de análisis multivariante para examinar las teorías dominantes sobre la política en los Estados Unidos y llega a la siguiente conclusión: "La mayoría del público estadounidense tiene poca influencia sobre las políticas que adoptan los gobiernos. Los estadounidenses disfrutan de muchos de los rasgos básicos de una gobernanza democrática, como elecciones regulares, libertad de expresión y de asociación (...). Pero pensamos que si la práctica política la dominan poderosas organizaciones de negocios y un pequeño número de estadounidenses ricos, la pretensión de que América del Norte sea una sociedad democrática está seriamente amenazada". El trabajo fue recibido por el *Washington Post* con un artículo que llevaba el título de "Los ricos gobiernan"¹⁴.

Estos intereses terminaron controlando también, por las vías de la financiación y del mecenazgo, universidades, iglesias e instituciones de todo tipo. "Nuestra democracia está amenazada de manera directa cuando los ricos compran los políticos -escribía Robert Reich-, pero no es menos peligrosa la tranquila y aún más insidiosa compra de las instituciones de que la democracia depende para investigar, exponer y movilizar las

¹³ Una valoración global en Doug Rossinow, *The Reagan era. A history of the 1980s*, Nova York, Columbia University Press, 2015.

¹⁴ Martin Gilens y Benjamin I. Page, "Testing theories of American politics: Elites, interest groups, and average citizens" en *Perspectives on Politics*, 12 (2014), n° 3, pp. 564-581.

actuaciones contra lo que está pasando"¹⁵. Se trata con ello de facilitar la aceptación universal de una situación que nos condena a perpetuidad a lo que Christine Lagarde, jefa del Fondo Monetario Internacional, definió en una entrevista como "la nueva mediocridad".

Estamos en una situación en la que está claro que han cambiado las reglas del juego social que hicieron posible en el pasado las conquistas que condujeron al estado de bienestar. La socialdemocracia, que había tenido una parte fundamental en estas conquistas, acabó aceptando, como señala Hobsbawm, "la idea de que el predominio del mercado hace innecesaria la supervivencia de la política, entendida en el sentido de lo que Habermas definió como la organización del esfera pública', en la que la gente forma sus opiniones y se une para alcanzar objetivos colectivos". Pero "la soberanía del mercado -añade Hobsbawm- no es un complemento de la democracia liberal, sino una alternativa a este sistema. De hecho es una alternativa a todo tipo de política, ya que niega la necesidad de tomar las decisiones políticas, que son precisamente decisiones relacionadas con intereses comunes o de grupo"¹⁶.

La forma en que las nuevas reglas afectan a la situación de los trabajadores resulta fácilmente visible en la degradación de las condiciones a que se ven sometidos. Según la Organización Internacional del Trabajo un 48 por ciento de los ocupados lo están en lugares "vulnerables", con el riesgo de no tener ni unos ingresos asegurados ni acceso a la seguridad social. Una situación que ha ido aumentando con el auge del "trabajo flexible", que se da cada vez más en las empresas que contratan a un gran número de trabajadores, como los almacenes, los supermercados o los negocios de comida rápida, donde abundan los contratos de diez, de ocho e incluso de cero horas. Los contratos de pocas horas, que no garantizan un mínimo de ingresos y obligan a los trabajadores a estar siempre disponibles para cuando se les necesite, no sólo vulneran las normas que se habían ganado en doscientos años de luchas sindicales, sino que superan incluso las reglas de la esclavitud tradicional, en que el propietario tenía al menos la obligación de alimentar al esclavo¹⁷.

¹⁵ Robert Reich, "The political roots of widening inequality", en *American Prospect*, Spring 2015; la última cita es de "The big chill: How big money is buying off criticism of big money", artículo en seu blog, 6 d'abril de 2015.

¹⁶ Esta cita enlaza dos textos que proceden de E. Hobsbawm, *Guerra y paz en el siglo XXI*, Barcelona, Crítica, 2007, p. 110 y de *Cómo cambiar el mundo*, Barcelona, Crítica, 2011, p. 424.

¹⁷ International Labor Organization, *Global employment trends 2014*, Ginebra, 2014, p. 11; Rowena Mason, "Jobseekers being forced into zero-hours roles", en *The Guardian*, 5 de mayo de 2014.

Veamos cómo cambian las visiones de Kuznets o Van Zanden cuando introducimos en ellas una dimensión política. Entre 1870 y 1900, cuando Van Zanden considera que se iniciaba el cambio de tendencia, fue justamente cuando la Commune de París extendió por todo el mundo el miedo a una subversión del orden económico y social establecido.

Un miedo que sería alimentada de nuevo en 1917 por la revolución soviética y por la extensión del movimiento comunista mundial. Y el fin de la curva del aumento de la igualdad, hacia 1975, viene a coincidir con el último fracaso de la ilusión del comunismo, en 1968, cuando la negativa de los dirigentes comunistas a apoyar en París la revolución de los estudiantes y, mucho más aún, su incapacidad de aceptar el desafío del programa de socialismo con rostro humano que se había planteado en Praga, demostraron claramente que su vocación revolucionaria había terminado.

Se había acabado, en efecto, el ciclo que Marx y Engels habían iniciado en 1848, que tuvo su efecto más potente en la revolución de 1917, como consecuencia de la cual se extendió el miedo al fantasma del comunismo internacional. Este miedo, que sostuvo la gran mentira de la guerra fría, ocultando su componente de contrarrevolución social, se fue desmontando gradualmente, y la coalición de los intereses empresariales, esta poderosa minoría del 1 por mil de los más ricos, fue directamente a la tarea de combatir los sindicatos, rebajar los salarios y desgazar el estado del bienestar.

Parece claro que la historia del siglo XX, cuya comprensión nos es necesaria para entender nuestra situación actual, no se puede explicar sin introducir en el relato, como uno de los factores más importantes, el gran miedo del socialismo, y que para entender el mundo en que vivimos necesitamos recuperar la historia de las luchas sociales, añadiendo la dimensión, con demasiada frecuencia olvidada, del combate de los campesinos del mundo subdesarrollado por la tierra.

Pero con esto no basta. Lo podemos ver en la insuficiencia de las propuestas que se presentan hoy para resolver el problema de la desigualdad, la mayoría de las cuales se limitan a plantear la recuperación de los métodos de la socialdemocracia. Tal es el caso, por poner un ejemplo, de Antony Atkinson, que piensa que las cosas se pueden resolver aumentando los niveles salariales, subiendo los impuestos sobre la renta, el patrimonio y la herencia, etc¹⁸.

¹⁸ 18 Anthony B. Atkinson, *Inequality*, Harvard University Press, 2015; Jonathan A. Knee, "Review: In 'Inequality' a respectable scholar wades into a contentious political issue", en *New York Times*, 28 de

Pero el retorno de las viejas normas no es posible porque entre tanto ha sido todo el contexto social el que ha cambiado, empezando por el propio capitalismo al que se pretende imponer de nuevo las viejas reglas que ya consiguió superar después de 1975.

Necesitamos también una nueva lectura de la naturaleza del capitalismo actual, que ha cambiado bastante desde que, en 1917, los socialistas predicaban la lucha del proletariado contra los empresarios industriales. Necesitamos nuevas vías de exploración como las que nos sugiere un texto del chileno José Gabriel de Palma, elaborado a partir de una observación de Tony Lawson, que sostiene que el darwinismo nos enseña que el triunfo de un grupo de miembros de una población no siempre es un indicador de su superioridad, sino que puede ser consecuencia de que posean una característica que los hace superiores a los otros en un entorno local, sin que ello quiera decir nada sobre "su valor intrínseco".

Palma utiliza este argumento para interpretar el capitalismo actual: "Mecanismos de la selección natural de este tipo son cruciales para entender la naturaleza real del neoliberalismo, que busca crear un entorno económico artificial que sea el más adecuado para aquellas características que el capital posee y los otros no. El discurso neoliberal puede parecer que versa sobre promover un orden 'basado en la iniciativa individual y en una macroeconomía dura, y sobre luchar contra el paternalismo. Pero su propósito real es el de promover un tipo especial de 'desorden' que puede ayudar a legitimar la supremacía del capital, puesto que sólo él puede prosperar en un entorno inestable y de riesgos elevados- en esta jungla el capital es el rey !".

En este escenario de triunfo del nuevo capitalismo, añade, "la mayor parte de las vigorosas luchas políticas, sociales y económicas que nos aportaron tanta civilización, desde la huelga del puerto de Londres de 1889, el Ford-T, el miedo del contagio los ideales utópicos de los primeros soviets, el New Deal y Keynes, todo se lo ha llevado el viento. Los acontecimientos de las tres últimas décadas han demostrado la razón que tenía Adam Smith cuando decía que "sin competencia no puede haber progreso" - y, hasta ahora, pocos parecen haber entendido que esto se aplica también a la política"¹⁹.

No tomo este cita más que como una incitación a la tarea de repensar globalmente los problemas actuales. Una tarea a la que los historiadores deberíamos

mayo de 2015; Michael Roberts, "Clinton, Atkinson, Stiglitz y la reducción de la desigualdad", en *SinPermiso*, 31 de mayo de 2015.

¹⁹ José Gabriel de Palma, "Homogeneous middles vs. Heterogeneous tails, and the end of the 'Inverted-U': the share of the rich is what it's all about", *Cambridge Working Papers in Economics*, 1111, enero de 2011, pp. 39-40.

contribuir rehaciendo la historia del período que va de 1917 hasta el presente. Una revisión que deberá dejar de lado las viejas ilusiones que nos la mostraban como el relato del avance imparable del progreso, para reinterpretarla como una lucha en torno a la igualdad, que se ha desarrollado de manera incierta, con victorias y derrotas repartidas.

Necesitamos entender bien lo que ha ocurrido con el fin de ayudar a encontrar caminos de salida y métodos de lucha que nos permitan evitar el riesgo en que estamos de perder por completo, y retomo para decirlo las palabras de Palma, "la mayor parte de las vigorosas luchas políticas, sociales y económicas que nos aportaron tanta civilización".

Hemos de enterrar las ilusiones de la vieja historia del progreso para dedicarnos a elaborar una nueva historia de la lucha, con un espíritu similar –aunque no, desde luego, con la misma letra- que el que inspiró las propuestas que Marx y Engels hicieron en 1848. Ahora que, como parece claro, volvemos a adentrarnos en otra época como la de los cuarenta famélicos.